

La necesidad de mantener la mirada puesta en el autor de la salvación

2.5–18

Pero vemos a aquel... (2.9).

Hay una gran dosis de realismo en la descripción que hace Hebreos de la vida cristiana, dice que ésta es como un peregrinaje hacia una meta distante. Puede que no sea la imagen que hubiéramos elegido, pues ella insinúa el cansancio y el decadente entusiasmo que acompaña a un largo peregrinaje. Podríamos preferir imágenes de gozo y de alegría que son las que acompañan al creer. Pero el autor de Hebreos sabía que había una comunidad que había perdido su entusiasmo. Ésta estaba en peligro de perder su confianza (10.35) y de recaer (6.6). Al igual que personas que habían andado por un largo camino, ellos estaban ahora con “las manos caídas y las rodillas paralizadas” (12.12). Por lo tanto, el autor ahora tenía ante sí la tarea de animar a unos cansados peregrinos a no rendirse sin haber llegado a la meta.

Esta tarea es parecida a la nuestra. Uno de nuestros más serios problemas es animar a la gente a no deslizarse (2.1). Debemos tratar con personas que parecen estar cansadas después de una extensa jornada de viaje. Ellos vuelven su mirada a los años de obediente servicio que prestaron y consideran que éstos han sido un largo peregrinaje. Los nuevos esquemas y programas promocionales son insuficientes para levantar el ánimo. Necesitamos algo más permanente que una campaña de animación ocasional.

La mayoría de nosotros conocemos personas que tienen dificultad con el largo peregrinaje de una vida cristiana. Muchas personas se desaniman cuando la euforia de los primeros días de la vida cristiana se disipa y ésta se convierte en una rutina

de disciplina y obligación. Muchos estamos mal preparados para las decepciones y el cansancio de toda una vida de compromiso.

CONSERVAR NUESTRA INTENSIDAD

¿Qué podemos hacer para mantener nuestro rumbo e intensidad? El primer capítulo de Hebreos responde a la tentación del lector a deslizarse. Es prestando atención a nuestra “salvación tan grande” (2.3), como nosotros tenemos los recursos necesarios para mantenernos firmes en nuestros compromisos. Esta “salvación tan grande” consiste en las reflexiones sobre el exaltado estatus de Jesucristo, que se mencionó en el capítulo uno. El Cristo que confesamos cuando comenzamos el peregrinaje no es una persona ordinaria. Él es el resplandor de la gloria de Dios (1.3), y ahora Él ha alcanzado un estatus que lo hace superior a los ángeles (1.4). Todo lo demás de la creación puede cambiar, pero Él es para siempre “el mismo” (1.12).

El autor le dice a una comunidad cansada que la supervivencia depende del conocimiento que tengamos de Jesús. Para muchos de nosotros el conocer a Jesús es un desperdicio de tiempo o la ocupación de algunos pocos profesionales. Nuestra cultura tiene un sesgo activista que prefiere la acción a la reflexión. Y aunque la iglesia jamás podrá cesar su actividad, ella morirá si no considera la más fundamental de las cuestiones: ¿Quién es Jesús? Nos sentimos tentados a buscar nuestra seguridad en lo que está de moda que promete restaurarle interés y vitalidad a la iglesia. Pero no habrá vitalidad a menos que conozcamos a Jesús y hallemos nuestra seguridad en Él.

Hay seguridad en saber que, entre muchas

voces conflictivas, Él es el que permanece para siempre (1.12). Sabemos que podemos confiar en Él. Pero para conocer a Jesús no basta con saber acerca de Su majestuosidad, tal como se expresa en el capítulo uno. Los que andamos en el largo peregrinaje, haciéndole frente a nuestra tentación a deslizarnos, deseamos conocer el poder y la eternidad de Jesús. Y deseamos saber también si Él entiende nuestra tentación a rendirnos. ¿Está el distanciado de las cuestiones que nos preocupan? Lo anterior es lo que se responde en 2.5–18.

JESÚS, EL HOMBRE

Muchas personas se muestran indecisas al hablar acerca de la condición humana de Jesús. El nombre de Jesús era un nombre común en el Israel de antaño. Es el equivalente de la forma hebrea Josué. Muchos padres judíos eligieron darle a sus hijos el nombre de Josué, el antiguo líder de los israelitas. De este modo se nos recuerda que Jesús fue un personaje histórico. Sin embargo, al igual que los docetistas del cristianismo de antaño, a veces nos incomoda describir a Jesús como un hombre semejante a los demás. Los docetistas de los siglos segundo y tercero ni siquiera aceptaban que Jesús había venido en carne. Ellos deseaban mantenerlo a distancia del resto de nosotros. Muchos cristianos han seguido el rumbo de los docetistas al negar que Jesús tuviera que hacerle frente a las mismas dificultades que todos tenemos. ¿Tuvo Él en verdad que tomar decisiones difíciles para elegir el rumbo de su vida? ¿Enfrentó Él alguna vez los mismos desalientos que hacen de nuestro servicio cristiano un largo y difícil camino?

El autor de Hebreos no es partícipe de nuestra reticencia a hablar de Jesús el hombre. Él sabía que nosotros no conoceremos verdaderamente a Jesús, a menos que lo conozcamos como hombre. Puede que veamos en Jesús a alguna clase de ser angelical, el cual sólo es parcialmente hombre. Pero esta forma de verlo es inaceptable en Hebreos. Una vez que nos dice que Él es superior a los ángeles (capítulo uno), el autor pasa en el capítulo dos, a citar el salmo ocho para demostrar lo contrario. El salmo ocho expresa una hermosa verdad acerca del lugar que ocupa el hombre en la creación, pero también se refiere al hombre ideal, a Jesucristo. La versión del Antiguo Testamento que el autor usa (la Septuaginta) dice que Él fue hecho “un poco menor que los ángeles”. Mientras el capítulo uno dice que el Hijo es “superior a los ángeles” (1.4), el capítulo 2 dice que Él era “un poco menor que los ángeles”. Así, conocer a Jesús no es sólo saber acerca de Su majestuosidad, es saber acerca de Su

rebajamiento hasta quedar en una categoría por debajo de los ángeles “por un breve tiempo” (NASB). Este fue el período en el que Jesús vivió sobre la tierra.

Antes de la corona, hubo una cruz (2.10). Antes de Su gloria, Él fue hecho “menor” que los ángeles. El Nuevo Testamento afirma este mensaje muchas veces. Pablo escribe que Dios ha exaltado hasta lo sumo al que “se despojó a sí mismo” (Filipenses 2.7). Se nos dice que aquél que ahora ha sido coronado fue una vez hecho “menor que los ángeles”. No conoceremos a Jesús mientras no nos enteremos de que el sufrimiento de muerte precedió a Su reinado. El cristianismo es la religión de un hombre que sufrió y murió, un hombre de cuya presencia dejaron constancia los historiadores. Mantendremos nuestro rumbo correcto tan sólo en la medida que permanezcamos arraigados en la historia de ese hombre.

No debemos considerar que sea especulación impertinente este análisis de la condición humana de Jesús. Es muy importante lo que ello le dice a una comunidad que ha sufrido las tribulaciones propias de una larga marcha. Muchos de los lectores sufrieron el encarcelamiento (10.32 y siguientes). No hay duda de que muchos otros se preguntaban si en el horizonte del tiempo se avistaba algún final de su lucha por la causa Cristo. Tal vez se preguntaban si era una causa perdida por la que estaban sufriendo. Por lo tanto, las palabras acerca de la condición humana de Jesús son importantes. Nos dicen que no estamos solos en nuestro sufrimiento. Tal como 2.10, lo expresa, tenemos un “pionero de la salvación” (NASB).

EL AUTOR Y HÉROE

La palabra griega que se traduce por “autor” en la Reina-Valera (*archegos*) se usa solamente en un libro además de Hebreos (Hechos 3.15; 5.31). Era la palabra griega común para referirse a un héroe que fundaba una ciudad y le daba a ésta su nombre. En otras ocasiones, se usaba para referirse al jefe de un clan, o al progenitor de un pueblo, tal como Abraham fue el progenitor de los judíos. La palabra significa esencialmente “el que da origen”. La New English Bible lo traduce por “líder”. La idea de “precursor” (*prodromos*) de 6.20, se relaciona estrechamente. La palabra “autor” también describe a Jesús en 12.2. La idea sugiere que Cristo es “el que abrió la vía” del peregrinaje que nosotros estamos haciendo ahora. Tal como 10.20, lo expresa Él nos abrió “el camino nuevo y vivo”. Él anduvo en nuestro lugar y experimentó nuestro dolor, pero ahora Él ha abierto el camino que lleva a Dios.

Su ejemplo nos anima a seguirlo.

Para un pueblo que está cansado de peregrinar, es alentador saber que el largo camino ya ha sido andado por uno que va adelante de nosotros. Por esta razón es esencial que conozcamos a Jesús. El reconocerlo como nuestro pionero es reconocer que más allá de nuestra momentánea frustración se encuentra la tierra de promisión. Él no nos ha pedido que le hagamos frente a ninguna dificultad a la que Él mismo no le ha hecho frente.

No hubiera sido de mucho consuelo el que nuestro pionero no le hubiera hecho frente a las mismas dificultades nuestras. De hecho, la inspiración que un pionero brinda, proviene del hecho de que él le ha hecho frente a dificultades como las nuestras. Asimismo, nuestro pionero es de la misma naturaleza de los que siguen. “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos” (2.11). Jesús no es como las remotas e insensibles deidades que los griegos adoraban. Él se identifica con nosotros. Él nos llama sus hermanos (2.12). Al igual que un hombre como nosotros, Él también, tenía ante sí el confiar en Dios en el camino hacia la tierra de promisión (2.13). En verdad Él es nuestro gran modelo de fe.

Como personas activas que jamás están satisfechas con mantener el statu quo, los estadounidenses aprecian la imagen de los pioneros. Dependemos de ellos para abrir nuevos territorios y para introducir los avances tecnológicos que nos mantienen progresando. Algunos de estos logros se produjeron a cambio de un gran costo en términos de vidas humanas, y estamos en deuda con los que abrieron el sendero.

Alistair Cook describe la increíble aventura de Charles Lindbergh en su libro *America (América)*. En 1927, Lindbergh aterrizó en París después de un vuelo a través del Océano Atlántico que le hubo tomado treinta y tres horas. Por puro atrevimiento, este vuelo fue tan espectacular como el primer alunizaje. Lindbergh había sobrevivido sin comunicarse con ninguna otra persona. Si su misión hubiera fracasado a mitad de curso, no había planes de contingencia para rescatarlo. Había sido literalmente el pionero de una nueva era y muchos otros siguieron su modelo.

Jesús es un modelo para nosotros porque Él es un hermano nuestro y estuvo sujeto a las mismas limitaciones que nosotros. Él es nuestro pionero en el sufrimiento y en la gloria. No lo conoceremos a menos que tomemos en serio Su condición humana.

Siempre existe la tentación, especialmente después de la muerte de un gran hombre, de glorificar a éste tanto que lo deificamos. La literatura

antigua recalca las cualidades propias de dioses, de Augusto César y de Alejandro Magno, con el fin de mostrar que ellos no fueron hombres ordinarios. En efecto, los emperadores esperaban recibir los honores que se les debía a sus dioses. Incluso, muchos escritos judíos exaltaban héroes bíblicos del pasado para recalcar las cualidades propias de dioses de tales héroes. Por ejemplo, un relato del libro no canónico de Enoc hace la siguiente cita del padre de Noé: “Tengo un hijo extraordinario, el cual no es como ningún otro hombre, pues él es como los hijos de Dios que están en los cielos... él no es como nosotros; sus ojos son como los rayos del sol y su semblante es majestuoso”.¹

SEMEJANTE “EN TODO”

El autor dice en 2.14: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo...”. Como hijos del mismo Padre que son, Cristo y los hombres son hermanos, y como tales participan de la misma naturaleza. En este pasaje, el autor usa dos palabras que vívidamente describen la condición humana de Jesús. Se dice, por ejemplo que los hijos “participaron de carne y sangre”. La palabra griega que se traduce por “participaron” (*koinoneo*) significa “tener en común”. Todas las personas participan de las limitaciones humanas que son propias de carne y sangre. Por lo tanto, dice el autor, “él también participó de lo mismo”. La palabra de la que se traduce “participó” (*metecho*) es un sinónimo de la anterior (*koinoneo*). Nos enteramos de que la condición humana de Cristo fue genuina. Él participó de todo lo que le significó el ser hecho de carne y sangre.

Ningún otro escritor del Nuevo Testamento afirma tanto la condición humana de Jesús como lo hace el autor de Hebreos. Él dice: “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos” (2.17). La palabra griega que se traduce por “ser semejante” (*homoiothenai*) sugiere no un simple parecido. Lo que sugiere es una naturaleza idéntica. Las palabras “en todo” señalan que no hay excepción en la plena identificación de Jesús con la humanidad. Nuestro pionero ha estado donde nosotros estamos.

PARTICIPÓ DE NUESTRAS TENTACIONES

¿Entenderemos lo que significa decir que Jesús es nuestro hermano y pionero? Para los que luchamos con la tentación, es particularmente alentador saber que nuestro pionero ha experimentado las mismas tentaciones. El decir que

¹ Enoc 106.5.

nuestro pionero ha estado donde nosotros estamos ahora, equivale a decir que Él conoce el poder completo de nuestras pruebas. Tal como dice Hebreos: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (2.18). Y esto es lo que el escritor recalca en 4.15: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”.

Él fue angustiado con el temor de morir (2.14). No se mira el menor asomo de intención de encubrir esta angustia de Getsemaní. Él tenía temor de morir, tal como nosotros lo tenemos (5.7). Él “ofreció ruegos con gran clamor y lágrimas” al Dios que le podía librar de la muerte. Es difícil para nosotros entender plenamente las tentaciones de Jesús. Nosotros no entendemos tal vida de absoluta confianza que no cedió a la tentación. Pero, aunque no entendamos, no deberíamos olvidar que Jesús fue un hombre que tuvo nuestras tentaciones.

Los lectores de este libro fueron especialmente tentados a darse por vencidos. La larga marcha, y con ésta, la amenaza de la persecución y el dolor de creer, los tentó a desertar antes de haber alcanzado su meta. No se avistaba el final. La vida cristiana se había hecho frustrante.

Según el autor de Hebreos, la respuesta a la frustración de ellos residía en darse cuenta de que el pionero de ellos había conocido por sí mismo la

angustia, el dolor y la frustración de la larga marcha. Y sin embargo, Él jamás se dio por vencido. Él llegó al final del camino. Ahora que ha alcanzado la meta, Él puede “compadecerse” (4.15) de nosotros.

Nosotros también podemos beneficiarnos, en nuestra frustración de hoy día, recordando que nuestra fe no comenzó con una continua serie de victorias. Comenzó con un pionero que se vio tentado a darse por vencido en medio de la adversidad. Y ella ha continuado a través de una generación tras otra, de cristianos que descubrieron que la vida cristiana conlleva una prueba de resistencia.

ALGUIEN DE QUIÉN DEPENDER

Jamás sobreviviremos en medio de la adversidad, a menos que descubramos algo confiable y seguro de lo cual depender. La iglesia jamás podrá vivir de diversiones fascinantes de carácter temporal. Tampoco podemos apoyar nuestras vidas en ideologías que cambian con el viento. Muchas de las seguridades sobre las cuales edificamos nuestras vidas no son seguras. El autor de Hebreos nos recuerda que nuestro pionero es “misericordioso y fiel” (2.17). La palabra griega que se traduce por “fiel” (*pistos*) significa “confiable”. Es la palabra que usamos para referirnos a alguien en cuya palabra se puede confiar. Tal como 10.23, lo dice: “... fiel es el que prometió”. ■

La aplicación de la Escritura a la vida

Escuchar

No estoy de acuerdo con gran parte de lo que Friedrich Nietzsche escribió, pero me causa impresión esto que dijo: “Nadie saca de las cosas que oye, o de las que lee, más de lo que él ya sabe”. Lo que Nietzsche está diciendo es que sólo tenemos oídos para lo que la experiencia nos ha enseñado a oír.

El mismo principio se aplica al sentido del olfato. Por ejemplo, un granjero experimentado puede ver posibilidades en un campo de trigo, o de maíz, que el habitante de la ciudad medio jamás vería. El arquitecto especializado puede mirar un edificio y ver cualidades de belleza, de fortaleza, o de funcionalidad que esquivarían el ojo del lego. Al final de un recorrido por uno de los grandes museos de arte de Europa, cuando el guía abrió el espacio para las preguntas, una ama de casa estadounidense, según se cuenta, quería saber qué

clase de cera se usaba para darles brillo a los pisos. Ella había pasado por alto la grandeza del arte, pero le había causado impresión la belleza de los pisos. Ella había visto solamente lo que la experiencia le había enseñado a ver.

Warren C. Hamby
Eight Keys to Happiness
(Ocho claves que llevan a la felicidad)

Amigo

William James dijo una vez: “Jamás se permita usted mismo tener una emoción sin expresarla de alguna forma”. Es la cualidad de la misericordia el actuar movido por el sentimiento. Se cuenta que Francisco de Asís se encontró con un mendigo a punto de congelarse. Envolviéndolo con su propio abrigo, Francisco le dijo: “Amigo, he aquí tu capa. Ya te he privado de ella por más tiempo del debido”.